

Del triclinium, pasad à los baños, á las alcobas de los señores, á los jardines, á los establos, á todas las partes de la casa, de la ciudad y del campo; no olvidéis ninguno de los empleos domésticos, por bajos y viles que sean; inventad nuevos, desconocidos, inauditos, y estad seguro de hallar entre aquellos señores ricos, altaneros, y voluptuosos hasta el exceso, un esclavo encargado de llenarlos 1. Para saber hasta dónde el orgullo pagano hacia descender al esclavo que era un hombre y tenia una alma inmortal, leed entre mil, el epitafio siguiente que vimos nosotros en un mármol antiguo:

OSA
AURELIÆ LIVIÆ AUG.
SER. A. CUR. CAPELLÆ.

«Huesos de Aurelia, esclava de Livia, mujer de Augusto, encargada del cuidado de su perrita.» En el ejercicio de todos estos empleos, tan viles, tan degradantes, tan repugnantes tambien, desgraciado del pobre esclavo culpable de la más lijera negligencia ó de solo la apariencia de ella ó de una distraccion, ¿qué digo? culpable de un suspiro, de un estornudo, de un bostezo durante las sinfonías que acompañan las orgías nocturnas de sus señores 2. El orgulloso Romano, la soberbia matrona que en las circunstancias ordinarias no se digna dirigir la palabra, pero le intima sus órdenes sonándole los dedos, le habla en

1 Plinio traduce este hecho con gran energia: «No andamos ya con nuestros piés, no vemos ya con nuestros ojos, ya nuestra memoria no retiene los nombres de nuestros amigos; vivimos por el cuidado de nuestros esclavos.» *Alienes pedibus ambulamus, alienis oculis agnoscimus, aliena meminisse salutamus aliena vivimus opera.* Lib. XXIX, c. I.

2 *At infelicibus servis movere labra ne in hoc quidem ut loquantur licet, virga murmur omne compeccitur; et nec fortuita quidem verberibus excepta sunt; tussis, sternutamenta, singultus, magno malo ulla voco interpellatum silentium luitur; nocte tota jejuni mutique perstant.*—Senec., *Epist.*, XLVII.

caso de torpeza á varazos, ó con el látigo, ó con un baston. Asan sobre su cabeza la haba mal cocida; el viejo Caton le desgarró la espalda á azotes, porque es demasiado espacioso; Augusto le crucifica por haber matado una codorniz favorita, por haber roto un vaso; Polion le arroja vivo á sus lampreas, y no tiene el derecho de quejarse. Así pasará su triste existencia; luego, cuando esté viejo ó enfermo, se le venderá á un señor más pobre, y por consiguiente más duro. Este era el consejo y la práctica del virtuoso Caton: «Sé buen ecónomo, dice él, vende á tu esclavo y á tu caballo, cuando estén viejos;» 1 ó lo que es más cómodo y ménos bárbaro, se le enviará á la isla del Tíber, abandonado á la gracia de Esculapio. Si se le quiere dejar envejecer en la casa, se le encerrará en su estrecha celda, «cella,» hasta el dia en que cuatro de sus compañeros de servidumbre, elegidos de entre los más despreciados, vengán á llevar su cadáver á algun rincón vil de los Esquilios 2.

¿Ha querido sustraerse por la fuga del yugo intolerable que pesa sobre él? Pues al punto un pregonero público da sus señas por toda la ciudad: «Hace pocos momentos que un esclavo se ha fugado de los baños, tiene cerca de diez y seis años, los cabellos rizados, es fresco y bien hecho, se llama Gyton; aquel que lo devuelva ó lo descubra, tendrá mil escudos de recompensa 3. «Si cae en poder de su señor, sufrirá desde luego una sangrienta flagelación; luego con su fierro le marcarán la frente con las dos letras (I, O) y F, iniciales griega y latina de la palabra fugitivo («fugitivarius;») ó bien le figurarán alrededor del cuello un collar de hieirro con estas palabras: «Tene me quia fu-

1 Plutarch., *in Cat.*, c. V.

2 Horat., lib. I, sat. VII:

..... angustis ejecta cadavera cellis
Conservus vile portanda locabat arca.

3 Petr.

gi, et revoca me domino meo N.» «Détenme, porque me he fugado, y devuélme á mi señor N.» De esos collares de la servidumbre, monumento horrible de la barbarie pagana, llegaron muchos de ellos á nosotros, para instruccion de los siglos modernos. Nosotros vimos tres en un museo de Roma. Pero aquellos estigmas y aquellos collares de fierro, son todavía un favor; comunmente los leones del anfiteatro ó la lanza de los gladiadores, castigaron al infortunado fugitivo 1.

Tal era la suerte de la mayor parte del género humano, la víspera del dia en que apareció el cristianismo; tal el resumen de la legislacion, de las conquistas y de las pompas triunfales de la antigua Roma; tal es tambien el último rasgo con el cual damos término á su historia.

29 DE ENERO.

Roma puramente cristiana.—Carácter de la caridad romana.—Mapa del dolor.—Caridad romana con el recién nacido y el huérfano.—Hospital del Espíritu Santo.—Descripción de este hospital.

El triunfo, es decir, las pompas del Capitolio y el mercado del «Forum,» nos habian dado la primera palabra de la sociedad pagana. ¡Roma antigua! soberbia reina de la fuerza, ya te conocemos al fin en tus obras y en tu espíritu. Ya era tiempo de buscar un espectáculo más dulce, estudiando tambien en su espíritu y en sus obras á Roma cristiana, la madre de los pueblos y reina de la caridad.

Hé aquí un nuevo viaje que ningun turista ha hecho, y cuyo itinerario no señala ningun guía; por eso está lleno de encanto y de interes. De esta omision más

1 Aul Gell., lib. V, c. 14. Véase sobre los esclavos el Tratado de Pignorius, *de Servis et de eorum apud veteres ministeriis*, in-4.º Augustæ Vindelic., an. 1614.

ó ménos volteriana, ¿qué ha resultado? Roma, reina de las artes, es admirada de todos; Roma, madre de los pobres y modelo de las naciones, es calumniada; sus obras, más bellas que sus monumentos, han sido desconocidas; y el espíritu divino que les dió la existencia, apenas entrevisto por algunos, es el objeto de los sarcasmos del mayor número. Porque no participa de la vida facticia, ni de la actividad febril de los pueblos industriales, se la llama muerta. Nada se la da de ello; la Roma de Gregorio XVI es siempre, y en un sentido más noble que la Roma de Augusto, la madre de los hombres y la alimentadora de las naciones: «Alma parens virum... magna frugum.» La caridad es la vida de las ciudades y de los pueblos; pues bien, la caridad corre desbordada en las venas de Roma cristiana, ella es su instinto, y por decirlo así, su esencia propia. El hombre habituado á reflexionar, no debe admirarse de que así debe ser. La ciudad de los Pontífices, centro de la fe, debe ser el foco del amor; la lógica lo dice ántes que los hechos lo establezcan. Además, hombres, quienes quiera que seais, si he de rogaros alguna cosa, será la de no dejaros imponer este axioma «á priori.» Consentid no más, en viajar con nosotros, y el axioma ocupará en vuestro espíritu, bajo la forma de consecuencia, el lugar que merece.

«Salimos á buena hora de la Propaganda y nos dirigimos hácia el castillo de Sant-Angelo, pasando por la plaza del Pueblo y el mausoleo de Augusto; esto quiere decir que habíamos tomado el camino de los escolares. Para sacar provecho de nuestro largo paseo recogimos las señales aisladas, que reunidas, forman el carácter prominente de la caridad romana, cuyas obras íbamos á estudiar.

«Católica,» tal es el signo distintivo de la fe, cuyas luces bajan incesantemente

de las reales colinas; católica, tal es el sello dominante de la caridad romana, hija y madre de la fe.

«Católica,» porque a nadie excluye. Sus establecimientos son el fruto de sus propias economías y de los dónes ofrecidos por las naciones formadas en su escuela. ¡Sublime conspiración de la caridad! en los días de la fe las monarquías y las repúblicas de la Europa cristiana se asociaron a su madre para fundar en el centro de la catolicidad, asilos siempre abiertos al extranjero, cualesquiera que fuesen sus necesidades, su país y su nombre. Raras veces se encuentran en los hospicios de las naciones europeas, aun las más civilizadas, personas extrañas a aquellas naciones. En Roma no hay un hospital, una casa de socorros, que no alimente a ciudadanos de otros países. Recorriendo los nombres de los fundadores ó bienhechores de aquellos establecimientos piadosos, se ve que han concurrido a ellos de todos rangos; y los antiguos archivos mencionan juntamente a papas, a cardenales, a prelados, a reyes, a príncipes, a mujeres, a hombres, privados y oscuros, y sobre todo a santos.

«Católica,» porque es más abundante que en cualquiera otra parte. En su extensa solicitud, Roma ha reunido para los pobres un patrimonio que solo allí se encuentra. Aunque los trastornos políticos lo hayan disminuido considerablemente, llega hoy a más de 764,000 escudos romanos de renta (4.125,600 francos; 825,120 pesos). «En la ciudad más caritativa de Europa, en Paris, los establecimientos de beneficencia gozan de una renta de 5 millones de francos (\$ 1.000,000), y la ciudad agrega 5.500,000 francos (1.100,000 pesos) que hace un total de 10.500,000 francos (2.100,000 pesos). En Roma, las rentas que perciben de sus bienes, son: 1.900,000 francos (380,000 pesos), y del tesoro 2.200,000 francos (440,000 pesos)

por todo, 4.100,000 francos (820,000 pesos). Conviene observar que en Paris, ademas de las creaciones de la caridad legal, existen sociedades filantrópicas, cuyas limosnas no entran en la cuenta que acabo de hacer. Es preciso saber tambien que la poblacion de Paris es cinco veces la de Roma; luego, atribuyendo a las sociedades particulares una contribucion de 1.500,000 francos (300,000 pesos) por año, en Roma se da casi el doble que en Paris, aunque las ciudades septentrionales tengan más necesidades que satisfacer que las del Mediodia.» 1.

«Católica,» porque tiene en el establecimiento de sus obras la prioridad sobre los otros países. Solo citaré tres ejemplos de ello en este momento: el hospital de San Roque, el hospicio de los Convalecientes y la prision penitenciaria de San Miguel. El hospital de San Roque es una casa de maternidad, abierta gratuitamente para todas las mujeres, quienes pueden ir a ella a sepultar, en el más misterioso silencio, el secreto de su falta, al mismo tiempo que encuentran allí todos los cuidados que su estado exige. Fué formado en 1770, mucho tiempo ántes que el de Viena, que precedió a todos los demas. En Francia estábamos todavía haciendo la teoría de lo que Roma practicaba hacia más de ochenta años. 2 El hospicio de los convalecientes fué fundado en 1548 por San Felipe Neri. Es anterior más de dos siglos a todos los del mismo género, puesto que el hospicio de la Samaritana, de que se vanagloriaban los ingleses, no data sino de 1971. 3 La prision penitenciaria de San Miguel, es el tercer ejemplo que quiero citar.

1 M. Morichini, *Instit. de Benef. de Roma*, p. 25.

2 Véase a M. de Gerardo, de la *Benef. pública*, t. IV, p. 335.

3 oTurnon, *Estudios estadísticos*, t. II, página 118.

Cuando a fines del siglo último presentaron los Estados Unidos a la Europa maravillada sus numerosas penitenciarías, nadie dudó del origen americano de esta institucion venida de ultramar. El protestantismo se glorió de ello, y nadie le disputó su fácil triunfo, pero al fin llegó el día de la verdad. Nuestros publicistas, enviados a todas las partes de la Europa y de la América, para estudiar el régimen penitenciario, llegaron por fin a Roma. M. Cerfbeer, encargado en 1839 por el ministro del interior, de inspeccionar las prisiones de la Península, se expresa así en su relacion: «No dudo el creer que la reforma penitenciaria ha salido de la Italia, del centro mismo de esta nacion, de Roma, en donde un Papa, Clemente XI, mandó construir en 1703, segun los dibujos de Carlos Fontana, una vasta casa de correccion para los jóvenes detenidos. . . . El sistema correccional es cristiano, es católico; nació con los monasterios, un Papa lo ha bautizado en el momento en que lo hizo entrar al mundo. La América no lo ha encontrado, la América no lo ha perfeccionado; lo ha tomado de Gante, quien lo habia tomado de Milan y de Roma. Sí; de Roma es de donde ha salido el movimiento que hoy se manifiesta en los dos mundos; Roma es la que ha criado la primera casa cecular, la que ha aplicado simultáneamente el aislamiento absoluto y el aislamiento mitigado; un Papa fué el que con su mano escribió los primeros reglamentos de una casa de correccion. . . . Yo, en tanto, doy una importancia mayor a restituir al pontífice romano, Clemente XI, el honor de la primera idea de la reforma penitenciaria, en cuanto a que encuentro para ello la muy poderosa razon para ganar a la causa de esta reforma, a los numerosos sectarios de la religion; pienso, ademas, que la reforma, debiendo ser consecuente con su origen, debe ser esen-

cialmente cristiana 1 para ser saludable.»

«Católica,» porque es humilde. Roma observa a la letra el mandamiento del Salvador: «Cuando deis limosna, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra mano derecha.» Roma no tiene periódicos que publiquen sus buenas obras; y los viajeros, tan fáciles para vituperar a la madre y señora de todas las iglesias, no han dicho nunca una palabra que haga sospechar el tesoro de caridad que encierra en su seno. Nosotros nos creemos a la cabeza del verdadero progreso; nuestras ideas, nuestros planes, nuestros menores ensayos para el mejoramiento de las clases que sufren, las publicamos al punto como descubrimientos. Roma se calla y se contenta con mostrar en casa, por decirlo así, la realizacion algunas veces secular de los pensamientos que entre nosotros están todavía en estado de estudio ó de proyecto, y que no han recibido más que un débil principio de ejecucion.

«Católica,» porque abraza todas las miserias humanas. Ademas, la miseria es una indestructible red que cubre a los hijos de Adan, desde la cima hasta el sepulcro, y más allá. Para ser católica, la caridad debe, pues, ser tan extensa como la vida, tan variada como el dolor. Es necesario que todos sus remedios, preparados con inteligencia, administrados con amor, estén de tal manera dispuestos, que formen un sistema completo, sin defectos, sin lágrimas. Pues bien, a Roma y solo a Roma, entre todas las ciudades, toca la gloria de haber realizado este maravilloso sistema. Enorgullecámonos nosotros, hijos de esa madre inmortal; si el árbol se conoce por sus frutos, ¿qué prueba más dulce y más fuerte de la verdad de una doctrina que se deja ver en tales obras?

1 Es necesario decir católica. M. Cerfbeer israelita.—*Instit. de benef.* trad. por M. de Baz laire.

Mientras hacíamos estas reflexiones, llegamos al puente Sant-Angelo. Era tiempo de asegurarnos por nosotros mismos de que aquel bello sistema de caridad no era una fantasía, sino una realidad viviente y palpable. Para seguirlo en todas sus ramificaciones, nos era necesario un hilo conductor. El razonamiento siguiente nos lo puso en la mano: tres especies de miserias relativas á la triple vida, componen el inseparable cortejo del hombre en el valle de lágrimas; las miserias «físicas,» esto es, la pobreza, la enfermedad y la muerte; las miserias «intelectuales,» esto es, la ignorancia y el error; las miserias «morales,» que son las pasiones y sus efectos. Con este mapa del dolor, comenzamos á seguir al hombre en la vía lamentable que recorre de la cuna al sepulcro.

El nace, y algunas veces un decreto de muerte le espera en los umbrales de la vida. La caridad romana acude; é interponiéndose entre la madre homicida y la jóven víctima, ha encontrado el secreto de salvar el honor de una y de preservar los días de la otra. Hémos aquí cerca de la puerta Triunfal: en estos lugares funestos en donde Roma pagana hacia pasar á la humanidad encadenada al carro de los triunfadores, se levanta el hospital del Espíritu Santo; este es el más antiguo, y con los de Nápoles y de Milan, el más hermoso de todos los palacios edificadas para los desgraciados. El año del Señor 1198, Inocencio III ocupaba la cátedra de San Pedro. Pasando un día por las orillas del Tiber, fueron á decirle que un pescador al tirar sus redes había sacado en lugar de pescados á tres niños muertos. El excelente papa se conmovió de tal modo, que al punto mandó establecer cerca del hospicio del Espíritu Santo un trono móvil forrado con colchones y almohadas, en donde pudieran, á toda hora del día y de la noche, ser depositados allí los niños abandonados. Se prohibió, bajo penas se-

veras, no solo investigar el nombre del que depositaba, sino hasta seguirle con la vista cuando se alejase. Estos niños, acogidos por la caridad, que tienen manos para recibir y que no deben tener ojos para mirar, eran alimentados y educados en el hospital del Espíritu Santo; tal fué el primer asilo permanente y regular abierto en Europa á las tiernas víctimas de la muerte. En Paris la primera casa de niños expósitos, fue la de San Vicente de Paul, en 1678; Lóndres no llegó á poseer una hasta el siglo último.

La obra de Inocencio III, se perpetúa á través de los siglos, y gracias á la caridad romana sigue prosperando. Al llegar á la edad de trabajar, esos niños son enviados á Viterbo, á un asilo que pertenece al Espíritu Santo; allí aprenden un oficio; á los diez y siete años, si nadie los adopta, se les da una suma de dinero que equivale á sus gastos en el hospicio, por un año. Este dinero les sirve para procurarse los útiles y cosas necesarias para el ejercicio de su profesion; y entónces, que pueden bastarse así mismos, se les despide. Las niñas son igualmente objeto de una solicitud á la que nada se escapa. En el hospicio forman un gran conservatorio de cerca de seiscientas personas. Bajo la direccion de piadosas maestras, son educadas en una virtud sólida, é instruidas en todas las obras propias de su sexo. Toda la ropa blanca del inmenso hospital está bajo su cuidado. Las unas hacen pañales para los niños expósitos, otras pliegan los roquetes ó manteles, ó bordan en cro y seda. Un triple porvenir les está abierto: la residencia perpetua en el hospicio, el matrimonio y el estado religioso. En el primer caso, su subsistencia está asegurada. En el segundo, el hospital las dota con 540 francos (\$ 180). ¡Pero ved la prevision maternal de la caridad romana! Esta dote debe

1. Constanzi, etc., p. 66.

ser hipotecada por el marido sobre una propiedad libre, con el fin de que la hija de la Providencia no pueda nunca ser engañada. En fin, si entran en religion, el hospicio provee á todas sus necesidades. No es esto todo; Leon XII, de gloriosa memoria, ha querido que las jóvenes huérfanas adoptadas tuviesen derecho á una dote pagadera por el hospital, si llegaban á casarse ó á profesar en un convento.

Mientras nosotros bendecíamos esta inteligente solicitud, el aire contento, los frescos rostros de aquel pueblo de niños, los soberbios cuerpos del edificio que habitan, todo revelaba á nuestras miradas los cuidados maternales y las magnificencias reales de la caridad. Solo habíamos visto una pequeña parte del hospital. Bien pronto se abrieron ante nosotros inmensas salas con ricos pavimentos, altas, bien ventiladas, y la mayor parte de ellas adornadas con pinturas consoladoras, que recuerdan las curaciones obradas por el Salvador. Muchas hileras de camas se ven á uno y otro lado; todas juntas cuentan mil seiscientos diez. Cada sala lleva el nombre del santo que la protege ó del pontífice que la fundó ó embelleció; la memoria de Pio VII llena aquellos lugares. El sentimiento de sus propios dolores no hizo olvidar al prisionero de Fontainebleau los sufrimientos de los pobres enfermos. Por órdenes suyas se hicieron notables mejoras en los edificios, se reconstruyeron baños, se han cambiado en las salas los anaifes por estufas, se agregó una hermosa sala de operaciones, vasta, bien iluminada, ventilada, abundantemente provista de aguas, de mesas de mármol; tal, en una palabra, dice Monseñor Morichini, que á juicio de los extranjeros, avaros de alabanzas á todo lo que no les concierne, Europa no posee ningun establecimiento tan completo. 1

1 *Instit. de Bienf.*, etc., p. 36.

Las salas son calentadas en invierno con tubos que parten de calderas colocadas en el centro; sobre éstas hay grandes vasos de cobre estañado que contienen cocimientos pectorales que se dan á beber á los enfermos cuando lo piden. Cuatro veces al día se aseá el hospital, todos los meses se blanquean los pavimentos; la ropa de cama se renueva cuando las circunstancias lo exigen, sin límites fijos. Si un colchon se pica ó empieza á destruirse, ó si muere alguno en él, se le cambia al momento. En la primavera, cuando el número de los enfermos es más limitado, se lavan las camas, se barnizan los asientos y se blanquean las paredes. A fin de conservar la pureza del aire, se establecen corrientes y se desinfectan las salas con ácidos. Bajo el pavimento de las salas, en toda su longitud, corre un volúmen considerable de agua en un canal de piedra colocado en pendiente, que recibe todas las inmundicias y las lleva rápidamente al Tiber por dos embocaduras. Se ponen tantos cuidados en la limpieza del hospital, que aun los más difíciles quedan hechos. 1

Los lechos se componen de piés de hierro, de planchas barnizadas, de un jergon, de un colchon, de una cabecera, de una almohada, de paños, de una sobrecama ligera en el estío y dos de lana para el invierno. De dos en dos camas, hay mesas de mármol, fijas en la pared, que sirven para poner en ellas las cosas necesarias á los enfermos, y hay tambien pasillos; entre cama y cama veis pequeñas tablas, que por medio de correderas móviles, indican con señales conveni-

1 *Instit. de Bienf.*, p. 39.—Para completar mis notas y mis recuerdos, al hablar de la caridad romana, he recurrido frecuentemente á las obras de Monseñor Morichini y del abate Constanzi; la primera ha sido traducida por M. de Bazielaire, quien la enriqueció con una notable introduccion; la otra solo la hay en italiano.

das, y muy bien, el estado y el tratamiento del enfermo; en la parte alta se ponen los signos que señalan los alimentos que debe tomar; abajo los otros signos, por ejemplo, si ha de recibir el sagrado viático, si ya ha recibido la Extrema-Uncion, etc.

Se distribuye el alimento de las siete á las nueve de la mañana, y de dos y media á cinco y media de la tarde, segun las estaciones. Por una de esas atenciones delicadas, de que solo es capaz la caridad cristiana, se toca el órgano tres veces por semana durante la comida de los enfermos. El domingo presenta el hospital un espectáculo muy diferente: vereis llegar por todas las calles que desde el "Trastevere" ó del centro de la ciudad conduce al Espíritu Santo, numerosas cofradías que vienen á prodigar á los enfermos sus caritativos servicios: ésta trae dulces, la otra hace las camas, una tercera rasura á los enfermos y les da las bebidas, etc. De todos estos cuidados ¿qué resulta? Que la cifra anual de la mortalidad es de 9 ó 10 por 100; mortalidad muy débil en un hospital tan vasto, y cifra que ella sola forma el más bello elogio del establecimiento. 1

Hé ahí lo que hay en cuanto al cuerpo; pero el alma! el alma, tan frecuentemente despreciada en los hospicios de otras naciones, y cuyo precio conoce Roma, se ve rodeada aquí de cuidados admirables. Doce capellanes habitan el hospital; noche y día están al servicio de los enfermos, y por las mañanas celebran la misa en las diferentes salas, administran los Sacramentos y asisten á los moribundos. Además, con el fin de procurar á los enfermos todas las oportunidades de cumplir con su deber, cada orden religiosa residente en Roma debe, segun las prescripciones de Clemente IX, mandar una vez por mes á dos de sus miembros á oír las confesiones;

1 *Instit. de Bienf.*, 46.

su permanencia debe ser de cinco horas por lo ménos. Muchas veces al día atraviesa un sacerdote las salas, y deteniéndose en el centro de cada una, pronuncia en alta voz un buen pensamiento, una santa máxima capaz de consolar á los enfermos ó de causarles remordimientos por sus faltas. Como se recibe en el Espíritu Santo á toda clase de personas, sin distincion de religion, muchos sacerdotes, así seculares como regulares, van allí voluntariamente, ya sea para atraer á la fe católica á aquellas que desgraciadamente no la profesan, ya para confesar, instruir y consolar á los enfermos. Piadosos legos van tambien allí, sobre todo el domingo, á ejecutar las diferentes obras de la misericordia espiritual. 1 Recorriendo aquellas vastas salas, se cree ver en cada puerta, cerca de cada lecho del dolor, á San Camilo de Lelis, á aquel ilustre habitante del hospital del Espíritu Santo, que durante muchos años, pasó las noches y los días á la cabecera de los moribundos. Yo no diré nada de él en este momento, más tarde le encontraremos.

Si el enfermo sucumbe, se le deja, durante dos horas, en su propio lecho; luego se le traslada á la cámara mortuoria, en la cual permanece veinticuatro horas. Un cordón, atado á una de sus manos, corresponde á una campanilla colocada en la sala en donde está día y noche un vigilante. Si el enfermo solo hubiese sido atacado de un letargo, se podrá de este modo advertir al punto, al menor movimiento que haga al recobrar los sentidos. Todas las tardes, despues del "Ave María", se reúne una piadosa asociacion de legos en el lugar en que se depositan los muertos; les colocan en un carro cubierto, y llevando antorchas en la mano, les conducen al cementerio de Janículo. Nada es tan tierno como aquel cortejo fúnebre de aquellos

1 *Cons:anzi*, p. 64-65.

caritativos hermanos que vienen algunas veces de los cuarteles más lejanos de la ciudad, á pesar de las lluvias ó del frío del invierno. Cuando no hay muertos que sepultar, lo que sucede con frecuencia, van tambien al cementerio á rezar oraciones sobre sus sepulcros. Si el enfermo sana, veremos más tarde lo que sucede con él.

Para mantener el espíritu de caridad que produce los maravillosos efectos que acabamos de ver, se pone gran cuidado en el numeroso personal empleado en el hospital. Al acercarse las principales fiestas, toda la familia ("numerossissima famiglia"), reunida en la capilla, recibe allí instrucciones para disponerse á la frecuencia de sacramentos y á la solemnidad. Durante la cuaresma, todos hacen un retiro preparatorio á la comunión 1 pascual. ¡Oh! Roma, á quien se os acusa de que no haceis nada, hé ahí lo que haceis; lo que haceis desde hace siglos, sin ostentacion y sin ruido! Tal es el respeto que profesais á los miembros de Jesucristo, que sufren; tal la caridad maternal con que rodeais sus lechos de dolor. Entre todas las ciudades del mundo cristiano, ¿hay muchas de ellas, hay una sola que pueda gloriarse de exceder ó igualar á su madre?

30 DE ENERO.

Caridad romana con el recién nacido y con el huérfano.—Hospital de San Roque *in Ripetta*.—Santa María *in Aquiro*.—Los hijos del Letrado.

La belleza del cielo, las impresiones de la víspera, los comentarios de por la tarde sobre nuestra visita al Espíritu Santo, todo nos convidaba á continuar nuestro viaje, siguiendo los pasos de la caridad romana. Ayer nos habíamos quedado en los umbrales de la vida, cerca de la cuna del

1 *Constanzi*, p. 65.

niño arrancado por ella á los horrores de una muerte prematura. Solo por excepcion, y para no volver más á él, habíamos visitado el hotel del Espíritu Santo, esa vasta hospedería de todas las enfermedades humanas. Hoy volvimos á emprender nuestra peregrinacion en el punto en que la habíamos dejado. Salvar al niño y cubrir el honor de su culpable madre, tal es, segun habíamos dicho, el primer beneficio de la caridad romana. Cómo se salva el niño, ya lo sabemos; nos falta ver por qué medio se protege la reputacion de la mujer.

M. de Gerando, en sus "Teorías" de beneficencia pública, escribia: "La casa de maternidad estará situada en un lugar aislado; las personas que sean allí admitidas serán libres para declarar ó no su nombre ni su domicilio; el registro de las declaraciones será llevado en todo caso en secreto; los empleados y los servidores del establecimiento están en deber de respetar este secreto; no se admitirán personas extrañas en las salas....." 1 Estas precauciones delicadas que la filantropía inventaba entre nosotros para salvar el honor de las familias, y sobre todo para evitar el infanticidio, Roma las había tomado desde largo tiempo ántes. Nosotros las encontramos dulcificadas por la caridad en el "Hospicio de San Roque." Siguiendo la orilla del Tíber, llamada "Ripetta," llegamos bien pronto á este nuevo monumento de la caridad. En los años de jubileo, Roma ve siempre nacer alguna bella obra de piedad. En 1500 la cofradía de San Roque dedicó una iglesia á su santo protector y un hospital de cincuenta lechos para toda clase de enfermos pobres. En 1770, un breve de Clemente IV mandó que allí se recibieran solo mujeres encinta, como sucede hoy.

1 T. IV, p. 375.